

5-1-2007

Reviewed Work(s): Historia de la arquitectura y el urbanismo mexicanos. Volumen II El periodo virreinal

Salvador Oropesa
Clemson University, oropesa@clemson.edu

Follow this and additional works at: https://tigerprints.clemson.edu/languages_pubs

Recommended Citation

Oropesa, S. (2007). Review Essay: Arquitectura y urbanismo en México. *Chasqui*, 36(1), 133-142. Retrieved from <http://www.jstor.org/stable/29742165>

This Book Review is brought to you for free and open access by the Languages at TigerPrints. It has been accepted for inclusion in Publications by an authorized administrator of TigerPrints. For more information, please contact kokeefe@clemson.edu.

Review: Review Essay: Arquitectura y urbanismo en México

Reviewed Work(s): Historia de la arquitectura y el urbanismo mexicanos. Volumen II El periodo virreinal. Tomo I El encuentro de dos universos culturales by Carlos Chanfón Olmos; Historia de la arquitectura y el urbanismo mexicanos. Volumen II El periodo virreinal. Tomo II La consolidación de la vida virreinal by Carlos Chanfón Olmos; Historia de la arquitectura y el urbanismo mexicanos. Volumen II El periodo virreinal. Tomo III El surgimiento de una identidad by Carlos Chanfón Olmos; Historia de la arquitectura y el urbanismo mexicanos. Volumen III El México independiente. Tomo II Afirmación del nacionalismo y la modernidad by Carlos Chanfón Olmos

Review by: Salvador A. Oropesa

Source: *Chasqui*, Vol. 36, No. 1 (May, 2007), pp. 133-142

Published by: Chasqui: revista de literatura latinoamericana

Stable URL: <https://www.jstor.org/stable/29742165>

Accessed: 20-06-2019 14:09 UTC

JSTOR is a not-for-profit service that helps scholars, researchers, and students discover, use, and build upon a wide range of content in a trusted digital archive. We use information technology and tools to increase productivity and facilitate new forms of scholarship. For more information about JSTOR, please contact support@jstor.org.

Your use of the JSTOR archive indicates your acceptance of the Terms & Conditions of Use, available at <https://about.jstor.org/terms>



JSTOR

Chasqui: revista de literatura latinoamericana is collaborating with JSTOR to digitize, preserve and extend access to *Chasqui*

REVIEWS

Review Essay: Arquitectura y urbanismo en México

- Chanfón Olmos, Carlos, ed. *Historia de la arquitectura y el urbanismo mexicanos. Volumen II El periodo virreinal. Tomo I El encuentro de dos universos culturales*. México, D.F.: Universidad Nacional Autónoma de México y Fondo de Cultura Económica, 1997. 452 pp. ISBN: 968-16-5391-2
- Chanfón Olmos, Carlos, ed. *Historia de la arquitectura y el urbanismo mexicanos. Volumen II El periodo virreinal. Tomo II La consolidación de la vida virreinal*. México, D.F.: Universidad Nacional Autónoma de México y Fondo de Cultura Económica, 2001. 573 pp. ISBN: 968-16-6356-X
- Chanfón Olmos, Carlos, ed. *Historia de la arquitectura y el urbanismo mexicanos. Volumen II El periodo virreinal. Tomo III El surgimiento de una identidad*. México, D.F.: Universidad Nacional Autónoma de México y Fondo de Cultura Económica, 2004. 552 pp. ISBN: 968-16-6812-X
- Chanfón Olmos, Carlos, ed. *Historia de la arquitectura y el urbanismo mexicanos. Volumen III El México independiente. Tomo II Afirmación del nacionalismo y la modernidad*. México, D.F.: Universidad Nacional Autónoma de México y Fondo de Cultura Económica, 1998. 532 pp. ISBN: 968-16-5607-3

Los estudios de las humanidades están en un momento de profundo cansancio tras el agotamiento de teorías que han tenido problemas para poder concretarse pragmáticamente y ayudar a entender los fenómenos culturales. En este contexto es importante volver a los estudios históricos y a la seguridad de interpretar y clasificar datos verificables. En este campo se han conseguido resultados espectaculares y continuamente se revisa la historia y la historia de la cultura mediante la adquisición de nuevos datos o la reinterpretación de los ya existentes. Gracias a esto se eliminan estereotipos, maniqueísmos, falsos universales, pares lógicos que no lo son tantos, y lo más importante, nuestro conocimiento se acerca lo más posible a la verdad de las humanidades. Es decir, una verdad autocrítica, factual, y que nos sirve para mejor entender la historia y la cultura, y que se modela epistemológicamente a partir del concepto de teoría de las ciencias empíricas.

La *Historia de la arquitectura y el urbanismo mexicanos* que coordinó Carlos Chanfón Olmos hasta su fallecimiento en 2002 es una obra gigantesca como una pirámide mesoamericana o una catedral mestiza. Como éstas es una obra colectiva y eso asegura su relevancia y su culminación aun cuando aquellos que la idearon ya no estén con nosotros. Es una obra necesaria para entender dos aspectos fundamentales de la cultura mexicana, su arquitectura y su urbanismo.

El volumen II, tomo I es un libro fascinante, ya que cubre el siglo XVI. Generalmente el proceso del encuentro violento entre dos culturas avanzadas se soluciona hablando de mestizaje y se repiten los lugares comunes que el término trae a la mente. La pregunta que siempre nos asalta es ¿cómo se construye y configura ese mestizaje? ¿Cómo ocurre? ¿Cómo se hace? Este

volumen comienza con un resumen mesurado de la historia del XVI, con especial atención a los aspectos jurídicos del proceso de conquista y los debates intelectuales que se producen en la universidad y el estado imperial: Bartolomé de las Casas, Juan Ginés de Sepúlveda y Francisco de Vitoria entre otros. Junto a esto se presta especial atención a la epistemología medieval y renacentista que llevan a la conquista y cómo se traducen arquitectónica y urbanísticamente, por ejemplo, la catedral de San Salvador en Pátzcuaro (Michoacán).

La conquista es urbana y es desigual en Mesoamérica y en Aridoamérica ya que había una gran diferencia en el avance cultural entre estos dos mundos indígenas. En Mesoamérica al fundar las ciudades, Veracruz y Puebla, se crean ayuntamientos y cargos públicos lo que permite distribuir prebendas entre los fundadores. En realidad la mayoría de las fundaciones son refundaciones de calpullis ya establecidos. El calpulli se define como “subdivisiones político-territoriales que funcionaban como unidades corporativas en distintos aspectos—económicos, administrativos, militares y ceremoniales—de la organización social” (95). La ciudad española y la jerarquía jurídica del imperio se superponen a una estructura ya existente, tanto territorial como jerárquica, la cumbre de la pirámide: tlatoani, tlatoque y pipiltin y el pueblo llano indígena que continuará en su condición de macegual, palabra mestiza por excelencia.

Tenochtitlan, Texcoco, Xochimilco y Tacuba se convirtieron en ciudades y Coyoacán y Tacubaya fueron villas. La nueva institución de poder fue la monarquía, con lo que se evita el anacronismo de confundir el estado-nación España que surge a partir de la invasión napoleónica con el Nuevo Régimen y que es contemporáneo de los Estados Unidos Mexicanos con la Nueva España que es parte del Antiguo Régimen y que es uno más—al menos en teoría—de una asociación de reinos unificados bajo un monarca común, un imperio, la cruz y la espada. Como entidad de transición surge la encomienda que no es una propiedad sino un usufructo y en ésta los indígenas son vasallos del rey, no del encomendero. Los repartimientos tienen tres consecuencias: venta forzada a los indígenas de productos españoles, el trabajo forzado por deudas previamente contraídas y la asignación de grupos de indígenas para realizar trabajos. El repartimiento sustituyó a la encomienda y como institución amestizada duró un siglo aproximadamente.

Lo que en realidad lo cambia todo es el éxito de la evangelización, llevada a cabo por los franciscanos a partir de 1523, los dominicos en 1526, los agustinos en 1533 y los jesuitas en 1572. La diócesis de Tlaxcala es de 1526, la de Puebla de 1539, la de México de 1527, Antequera (Oaxaca) de 1535, de 1571 es el Tribunal del Santo Oficio que es fundamental en la empresa porque unifica la legislación religiosa de todo el territorio.

En un plano económico el ocaso del repartimiento lleva a la creación de la hacienda. Los cambios culturales van a ser profundos, como la lucha simbólica y real entre el maíz y el trigo. Revolucionaria es la introducción de bestias de tiro y carros que se unen a los animales domésticos mesoamericanos como el perro y el guajolote. En el campo de la construcción uno de los primeros síntomas de mestizaje es la aceptación española del trabajo de cantería a partir de material neolítico, que era más rápido y que no hacía necesaria la importación de material metálico. Tal vez el cambio más revolucionario para el indígena debió ser la secularización del trabajo, que se convierte en algo necesario en vez de ser parte de un rito con un significado religioso.

“Toda ciudad mesoamericana está planeada hasta el horizonte [...] eran abiertas, no tenían un límite físico que definiera su extensión” (186), lo que contrasta muchísimo con la ciudad amurallada medieval. La ciudad europea quería aislarse y protegerse del exterior mientras que la mesoamericana es centro de un espacio panorámico orientado al horizonte en la que confluyen personas, espacios y vías que reproducen el centro del universo. La ciudad medieval es espontánea en su constreñimiento mientras que la mesoamericana es planificada porque tiene que ubicar-

se en el cosmos del que no se puede sustraer. El equipo de investigadores concluye tajantemente: “la ciudad hispanoamericana es y sigue siendo, con todas sus cualidades y defectos, un fenómeno genuinamente americano y no europeo” (199). Por ejemplo, las ciudades del Bajío como Querétaro o San Miguel fueron fundadas por otomíes y tlaxcaltecas cristianizados “sin participación española” (221). Zacatecas, Guanajuato y Taxco son diferentes porque son ciudades mineras. Lo que explica que carezcan de plaza principal en la que se hallen el templo mayor y la alcaldía, que no tengan calles anchas y rectas, y que el drenaje y el agua sean problemas mal resueltos. La ciudad más discutida de todas es Puebla porque se presentó desde la conquista como epítome del ideal renacentista europeo y español. Ahora se piensa que el planteamiento ortogonal de la fundación de Puebla es más probable que sea de inspiración indígena en vez de producto de una más que dudosa utopía europea.

Los elementos mesoamericanos del mestizaje urbano son el trazo ortogonal, el concepto monumental del espacio urbano, las grandes áreas comunitarias, la planeación escenográfica hacia el horizonte, los remates visuales dinámicos en las grandes calzadas, la centralidad y jerarquía de la red vial y la vitalidad de los espacios públicos (222). Estas características se dieron en el contexto de un clima benigno, en una sociedad ritualista y ceremonial. Es así que en la ciudad colonial aparece el paramento continuo que es la síntesis del concepto rectilíneo mesoamericano con el espacio cerrado español. Este tipo de calle ancha y recta influyó en Europa y no al revés como se ha venido diciendo. Los testimonios de viajeros así lo atestiguan.

El primer tratado de arquitectura americano lo escribió un fraile andaluz, Fray Andrés de San Miguel (1577-1652). El sistema mexica era de base veinte que coincidía con la tradición carolingia europea, aunque los españoles por influencia árabe habían adoptado la base diez. La administración novohispana armonizó los sistemas de medidas basados en la vara castellana. Los instrumentos españoles eran los mismos que los mesoamericanos: el compás, la vara, la regla y el cordel, el mecate en el caso indígena. Con estos instrumentos y una plomada, también usada por los indígenas, se puede construir una catedral o una pirámide ceremonial. A partir de aquí hay que estudiar los apoyos, cerramientos, cubiertas, circulaciones verticales (escaleras y rampas), las cubiertas y los materiales utilizados. En los materiales también se da mucho el mestizaje ya que la construcción de tipo español se adapta a materiales autóctonos por razones obvias, por ejemplo, el uso del tezontle.

Cuando en Europa declinaba la construcción conventual vino el boom urbanístico del convento novohispano. En 1546 la diócesis de México se convierte en arquidiócesis “dando por hecho que éste era un país católico” (303). El modelo conventual medieval generalmente benedictino y sus variantes se amoldaron a la unidad de construcción mesoamericana, el calli: “un área cuadrangular techada, formada por tres muros laterales y una cubierta, pero que mantiene contacto directo con el exterior a través de su frente abierto” (306). Al tener que explicar la fe cristiana a los indígenas, las soluciones arquitectónicas tuvieron que ser atrios, capillas abiertas y capillas posas. El fraile cubierto, en su teocalli cristiano, adquiere la dignidad necesaria para poder explicar a la masa descubierta. También en este contexto van a ser fundamentales las catedrales que van a unificar los grupos étnicos y se van a convertir en símbolos de sus ciudades (384).

Las construcciones que se estudian, muchas de ellas con antecedente mesoamericano, son: convento, recogimiento, hospital, beaterío, escuela, seminario, universidad, inquisición, colecturía, basílica, catedral, colegiata, parroquia, capilla, ermita, santuario, humilladero, palacio, casa de cabildo, rollo, garita, pósito, rastro, carnicería, plaza de toros, acueducto, baño, lavadero, pozo, noria, pila, fuente, hacienda, molino, curtiduría, tocinería, obraje, calera, ladrillera, locería,

panadería, venta, mesón, casa fortaleza, atarazana, presidio y castillo-palacio. En resumen, un extraordinario volumen fundamental para conocer el XVI mexicano en su complejidad.

El volumen II, tomo II cubre el siglo XVII y se llama “la consolidación de la vida virreinal”, lo que se hace en torno a la figura del criollo (15) y en menor medida del mestizo. Es otro tomo colectivo escrito en ese caso por 25 arquitectos, 4 historiadores y una bibliotecóloga. A un nivel ideológico este siglo es hijo del internacionalismo novedoso desarrollado a partir del *Ius Gentium* romano y discutido por un grupo de teólogos dominicos de la Universidad de Salamanca quienes desmontaron el anacronismo tanto del imperialismo universal de Carlos V como la falacia del universalismo religioso europeo: Francisco de Vitoria, Domingo de Soto, Bartolomé Carranza, Melchor Cano, Diego de Covarrubias y Bartolomé de las Casas. El XVII ve la consolidación de la individualidad del proceso artístico, arquitectos, pintores y escultores se separan ya definitivamente del resto de los artesanos. Esto viene, entre otros factores, de la extraordinaria influencia de los tratados de Alberti: *Della Pittura* (1435), *De Statua* (1449), *De Re Aedificatoria* (1452) que se consolidan con la aparición del academicismo francés que institucionaliza y nacionaliza el arte. En Nueva España es muy importante la aparición de una obra sobre carpintería mudéjar que es uno de los dos libros más importantes sobre el tema del XVII y que antecede junto a otro español en un siglo a los franceses sobre la cuestión. El origen común es el pasado hispano-musulmán. “El más alto título que podía obtener un arquitecto novohispano y que debía contar con la confirmación real, era el de maestro mayor del reino en el arte de arquitectura y de la fábrica material de la Santa Iglesia Catedral y Real Palacio de esta Corte” (167). El segundo título en importancia era el de “alarife o maestro de la ciudad”, cargo creado en 1527 con la función de “medidor y supervisor de la ciudad” (167). Un hombre de ciencias importante en este contexto barroco fue Carlos de Sigüenza y Góngora, cosmógrafo real y catedrático de astrología y matemáticas en la Real y Pontificia Universidad de México de 1672 a 1693. Los hombres de ciencia medían tierras, calculaban minas subterráneas y trazaban pueblos y ciudades (190).

Libros importantes en la Nueva España fueron *Cursus Mathematicus* del matemático español Juan Caramuel de Lobkowitz de 1678 y el *Tratado de la arquitectura militar y fortificación moderna* de 1699 del padre valenciano Tomás Vicente Tosca. En 1633 Fray Andrés de San Nicolás había publicado *Arte y Uso de Arquitectura*. La arquitectura europea cambia el universo mesoamericano sobre todo gracias a la bóveda y a la carpintería metálica (205-06). Don Fernando de Alva Ixtlilxóchitl, señor de Texcoco, surtió, según se cuenta, a las obras de la catedral con 20000 indígenas. La labor constructora de las tres órdenes mendicantes no se podría haber realizado sin esta colaboración masiva de la población indígena. Por el *Código de Osuna* sabemos que se hizo un canal hasta pie de obra de la catedral para traer materiales desde Iztapalapa (206-07). La crisis demográfica que se produce a finales del XVII por las guerras, las condiciones de trabajo y las epidemias trajo el desarrollo de los animales de tiro y las carretas siendo Fray Sebastián de Aparicio instrumental en la divulgación de su fabricación y del asentamiento de caminos (207). El tezontle y el tecali se asimilaron pronto a la construcción mestiza. El primero al ser poroso es “útil para la edificación en el subsuelo altamente comprensible del Valle de México” (207-08). El tezontle pesa poco y se usó para grandes masas de mampostería, para bóvedas y para muros. El tecali o alabastro mexicano se encuentra en Puebla y Oaxaca, se usó en muros y columnas o como elemento decorativo en láminas delgadas para engalanar fuentes y ventanas (208). Se usaron también la cal, el lodo y el ladrillo. El adobe debería tener mejor reputación por su bajo costo, fácil fabricación, porque sirve para uno o dos pisos y es un aislante natural (208). La madera se desarrolló al introducirse las herramientas metálicas con las previsibles consecuencias ecológicas. Se usa la carpintería española de origen mudéjar, sobre todo en

la zona de Pátzcuaro, la bóveda de madera fue muy popular en la zona de Michoacán y se crearon bóvedas de solución autóctona.

En el XVII continúa la construcción de escuelas que había comenzado en el XVI: Escuelas de Tezcoco y México, la Real Pontificia Universidad de México, San Juan de Letrán para mestizos, Colegio Imperial de Santa Cruz de Tlatelolco para indígenas, Colegio Mayor de Santa María de Todos los Santos para nobles y con requisito de limpieza de sangre. Ya del XVII es el Seminario Conciliar de México que sigue las directrices de Trento (234). Los franciscanos se dedicaron también a la enseñanza femenina. En la primera mitad del XVIII había en la Ciudad de México 19 conventos de religiosas y 15 admitían niñas para su instrucción, a pesar de que estaba prohibido (239). Las escuelas de varones y las de amiga de niñas estaban reguladas por las ordenanzas del arte de enseñar a leer, escribir y contar (239-40). Es en el XVIII cuando aparecen los grandes colegios femeninos en México, algunos todavía existen con soberbios edificios como el Real Colegio de San Ignacio de Loyola, las populares "Vizcaínas" (241). Los jesuitas realizaron su labor educativa en Nueva España entre 1572 y 1767: San Pedro y San Pablo, San Bernardo, San Miguel, San Gregorio, San Ildefonso que vino de la fusión de los dos últimos. En 1586 construyeron el Seminario de Tepotzotlán. San Pedro y San Pablo fue un Colegio Máximo que en realidad era una universidad completa abierta a religiosos y laicos (242). Sólo en Puebla los jesuitas tuvieron cinco colegios.

La Real y Pontificia Universidad de México se creó mediante dos bulas papales y dos cédulas reales de Felipe II. Era tanto para naturales como para hijos de españoles (261). Con respecto a las catedrales hay que hacer un estudio individualizado de cada una de ellas para ver los materiales, soluciones empleadas, los condicionamientos del medio y su individualidad (295) para no convertirlas en apéndices de las catedrales barrocas europeas. En 1639 Felipe IV le pidió a Juan de Palafox y Mendoza, obispo de Puebla, que organizara la entrega de parroquias al clero secular (297). Hubo disputas por los diezmos, cambió la economía de las órdenes religiosas y el nuevo centro de atención espiritual fue la parroquia (297). Esta tiene que presidir el espacio urbano: "esta jerarquía pasó inadvertida para el pueblo europeo, pero no para el indígena" (299). El cura párroco, sujeto al obispo que en este caso está vinculado al estado, implica un mayor control del indígena al poder doblemente secular tanto en lo político como en lo religioso (300). La arquitectura debía reflejar que el medievo era cosa del pasado. Se universalizó para la parroquia la planta de cruz latina con bóveda de cañón y cúpula sobre el crucero (310). Estos cambios del clero regular al secular desplazaron a los franciscanos al noroeste y mudaron su centro a Querétaro (324).

El convento femenino era diferente al masculino porque normalmente era una finca urbana ya establecida que se iba modificando según las necesidades. Hubo celdas individuales con un piso o dos, dos o tres habitaciones, ventanas o balcones y cocinas con fogón. Llegó a haber hasta baño. Estas celdas eran en propiedad y se podían heredar o donar (337-38). Las capillas conventuales eran semipúblicas, con una nave rectangular y estrecha y sin capillas laterales (442).

Los asentamientos se clasificaron en pueblos, villas y ciudades, la columna vertebral de la Nueva España fue la carretera México-Zacatecas que era la ruta de la plata o "camino real de tierra adentro". Con la aparición también de plata en Guanajuato, Querétaro y San Miguel se convirtieron en el centro de transportes de carretas. Hacia el sur venía la plata pero hasta las zonas mineras subían abastos, equipos mineros, herramientas, alimento, ropa, y lo más importante de todo, el azogue que venía de Almadén y que servía para el proceso de amalgamación. Alrededor de esta ruta se crearon muchas haciendas agropecuarias. En el mismo camino se hicieron posadas, presidios, pueblos de indígenas, pueblos de españoles y reales de minas (440-49) que

en bastantes casos se terminaron convirtiendo en nuevas poblaciones. Los reales de minas daban seguridad a los mineros, buscadores y cateadores frente a los chichimecas (441). Alrededor de estos reales se trabajó la madera, el carbón, la leña, los potreros, los corrales y el ganado trashumante (441-42).

De la lista interminable de construcciones que se enumeran y se estudian brevemente se pueden destacar: centros terciarios, vía crucis y calvarios, capillas-oratorio, casas reales, cajas reales, aduanas, estancos, depósitos del azogue, mercados, tianguis, alcaicería, pulpería, botica, puertos, muelles, pantalanos de origen asiático y los caminos ya acondicionados para el uso de carretas: a principios del siglo XVII entraban cada día en la Ciudad de México tres mil mulos cargados. Otros edificios fueron los albardones, mancebías y pulquerías (de las que había 212 en 1650), en las tabernas se vendía vino de Castilla para los españoles. También había temascales, baños de vapor, fábricas de pólvora, de fuegos artificiales, cererías y estaciones o posadas de arrieros.

El tomo III del volumen II cubre el siglo XVIII y comienza con la desafortunada noticia de que Chanfón Olmos falleció en 2002 lo que puede explicar en parte la lentitud del proyecto. Este volumen fue escrito por treinta y tres estudiosos diferentes y eso hace que algunas veces se repita innecesariamente alguna información. Pero es un defecto menor comparado con la magnitud del trabajo en sí.

Este siglo cubre la Ilustración, a la que México contribuyó siendo el objeto de un número importante de exploraciones científicas que tuvieron gran repercusión en la civilización occidental. México pudo además proporcionar dibujantes profesionales e ilustrados preparados en la Academia de San Carlos. La colonia no es una excepción a las reglas que se siguen en la metrópoli y que a su vez continúan el gusto francés: “la verdad y la belleza surgen en torno a la luz de la razón y se expresa en el buen gusto” (25). Antes de la llegada de la Ilustración y el neoclasicismo el siglo comienza todavía con el gusto barroco que prolonga el tono democrático de los ejes viales y las plazas novohispanas. Todas las castas disfrutaban de los espacios públicos. Conforme se afianza la Ilustración y el neoclasicismo se empiezan a producir grandes cambios. “La élite ilustrada desplazó de los lugares públicos a la plebe” (106). En nombre del orden y la racionalidad se empezó a excluir al pueblo, sobre todo a los indígenas, de los lugares públicos y de la vida comunitaria. Poco a poco la modernidad entraba en Nueva España, primero fue la aceptación del racionalismo cartesiano, más tarde la supremacía de las matemáticas y la astronomía como ejemplos de ciencias. Ya en las tres últimas décadas del siglo va a ser el estudio científico de la geografía, geología, zoología y botánica los que van a introducir el pensamiento ilustrado a la élite criolla (124). En 1785 se funda la Real Academia de Bellas Artes de Nueva España que en 1786 se convierte en la Real Academia de San Carlos. Además de este cambio del espacio público en el XVIII, el otro gran cambio en el siglo fue la ingeniería civil que nació a partir de la ingeniería militar. Se reorganizó la nomenclatura de las calles para un mejor “control, higiene y economía” (424). Este cambio disminuyó notablemente la influencia de la iglesia y la división de la ciudad en parroquias. Se laicizó el urbanismo. Los criollos y los mestizos se apoderaron además de barrios indígenas conforme aumentaba su expansión. El suelo se revalorizó, entró en el mercado y se incrementó su especulación. El orden neoclásico se impone y el mejor edificio del neoclasicismo mexicano va a ser el Palacio de Minería, obra maestra del valenciano Manuel Tolsá (1757), catedrático de escultura de San Carlos, quien había remodelado las torres y las cúpulas de la catedral Metropolitana para adecuarlas al gusto neoclásico: dos cuerpos, armonía en las líneas horizontales, almohadillado, columnas dóricas, triglifos y rosetones, la cornisa, los arcos de medio punto, dos frontones triangulares y uno circular. Es decir, un derroche de armonía

y de rupturas deliberadas de la simetría y un juego perfecto de la piedra y la luz. Tolsá como escultor-arquitecto es uno de los mejores retablistas de todos los tiempos, por ejemplo, sus trabajos en la misma Escuela de Minería, en la Iglesia de la Profesa en el D.F. y en la Catedral de Puebla. Su escultura de Carlos IV a caballo está considerada como una de las obras maestras de la escultura neoclásica. Tolsá es uno de los grandes del XVIII occidental.

Desde un punto de vista técnico y social este volumen estudia en profundidad la organización gremial que acabaría con las Cortes de Cádiz, las obras de defensa militar en la costa, la tecnología usada para los problemas de agua en la capital, el influjo de las Filipinas en la arquitectura de Colima, las misiones bajacalifornianas, estudios específicos de ciudades como Querétaro y Valladolid, las minas, las haciendas, fábricas, cuarteles y ciudadelas. En definitiva, otro tomo completísimo en su fascinante complejidad.

El Volumen III, tomo II es el que cubre el Porfiriato. Si se exceptúa una introducción y un epílogo escritos en un español retórico y anacrónico en el que es agotador para el lector el sacar la información, el resto es una muestra más de la extraordinaria calidad de esta obra magna.

Si el XVIII, la Independencia y la Reforma son pasos hacia la modernidad, el liberalismo porfirista no es una excepción. Lo que cambia es lo que cada época entiende por modernidad. En este momento de finales del XIX y comienzos del XX consiste en redefinir el concepto de identidad y reivindicar su necesidad, la modernidad como tautología, es decir, el deseo de esa modernidad y buscar el bienestar de la mayoría. En 1858 se fundó la Benemérita Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística que tenía como una de sus partes la comisión de monumentos y cuya principal misión era “rehabilitar los edificios que ya existían” (16). Este volumen es una reivindicación de la arquitectura porfirista porque sin ella no se podría entender la de la Revolución, entre otras cosas porque la ruptura reivindicada por tratadistas anteriores no se corresponde con la realidad ya que los arquitectos revolucionarios se habían formado con los del porfirismo. Así críticas como “sumisión al formalismo”, “anacronismo exótico”, “énfasis en la decoración” (23-24) hay que explicarlas y contextualizarlas. La etapa porfirista viene del neoclasicismo, que había sustituido al barroco, de la transición de la arquitectura oligárquico-aristocrática a la democrático-liberal, y se va a caracterizar por la utilización de nuevos materiales como el hierro y el concreto y la aparición de nuevos géneros como la Banca.

El primer problema que hereda Díaz, como todos los anteriores gobernantes, es el del agua en la Ciudad de México. En 1900 se inaugura el Gran Canal y el desagüe de la Cuenca (117) que solucionan parcialmente los problemas. Las obras de drenaje y las atarjeas para las aguas negras continúan aunque con su característico déficit endémico. En 1882 se presenta en México uno de los inventos más revolucionarios de la civilización occidental, el excusado de porcelana con sistema de sifón. La universalización de este sistema es una de las prioridades de todos los gobiernos desde su aparición. Todavía estamos inmersos en esta extraordinaria tarea.

El espacio urbano liberal necesita terreno para desarrollar el pujante comercio y la expansión de la burocracia, de ahí la necesidad de la Desamortización de 1861 para librar terreno urbano que estaba en poder de las manos muertas, al mismo tiempo se cumplía una segunda función, limitar el poder del clero y de la iglesia. Sólo en la Ciudad de México se reutilizaron 23 conventos, un hospital y cinco colegios (129). Los nuevos usos fueron tanto públicos: escuelas, bibliotecas, hospitales, cuarteles y cárceles como privados: vecindades, hoteles y teatros. En otros casos el edificio se destruyó, se lotificó, y se crearon predios o vialidades nuevas.

Con la aparición de los focos eléctricos en 1881 se van a iluminar la zona del Zócalo, los teatros y los cafés (127), continúa febrilmente la pavimentación de las calles y se mejoran con empedrados, adoquinado o asfalto comprimido. También se amplían las banquetas. Se colocan

rieles para los tranvías que al principio son de “tiro de sangre” (130), el eléctrico llega en 1910 y con él la posibilidad de ampliar aun más la ciudad dada la rapidez de los desplazamientos: de Indianilla a Chapultepec se tardaba siete minutos y otros seis de ahí a Tacubaya. La ciudad se expande con los tranvías y con la desaparición de la obligatoriedad gremial que permite a estos grupos ubicarse por toda la ciudad o en el peor de los casos son obligados a abandonar el suelo que ocupaban por la especulación urbana. De 1877 a 1910 la Ciudad de México pasa de 230000 a 471000 personas y su área de 8.5 km² en 1858 a 40.5 km² en 1910. Entre 1900 y 1910 aparecen 28 colonias nuevas y otras 15 más entre 1911 y 1920. La ciudad tendería cada vez más a la estratificación social: la ciudad interclasista del Antiguo Régimen da paso a la sociedad clasista contemporánea.

Uno de las grandes obsesiones del liberalismo era la educación, lo que explica que se pase de 1310 escuelas en 1843 a 4500 en 1870 a 11800 en 1901 con 800000 estudiantes. En 1885 se crea la Escuela Normal para Profesores.

En la capital la nueva burguesía toma los terrenos del oeste y suroeste que estaban menos expuestos a las inundaciones y eran más aireados, según las normas de salubridad de la época. Se abandona la ortogonalidad indígena-colonial y se crean diagonales al Paseo de la Reforma y así surgen las colonias Juárez, Cuauhtémoc, Roma y Condesa con sus “villas campestres” (135). En el 1900 el 50% de las casas del Distrito Federal eran todavía chozas. Estas quedaban fuera del estudio de la arquitectura dada su forma de construcción, precariedad y materiales empleados.

En el centro de la ciudad dominaba el tianguis de procedencia tanto indígena como española. El comercio más importante estaba en manos extranjeras, sobre todo españoles, alemanes, ingleses y franceses, para los mexicanos eran los mercados, tendejones y pulquerías (194). En 1852 aparecen dos tiendas departamentales, el Puerto de Liverpool y la Francia Marítima, de 1891 es el Palacio de Hierro. Los españoles dominaban las tiendas de abarrotes como La Isla de Cuba, La Estrella y la Casa Loubens. La burguesía acude a los restaurantes y cafés y el pueblo a las pulquerías y fondas. En los mercados la falta de higiene era endémica. Los rastros (mataderos) sólo subsanan el problema parcialmente, en otros casos lo agravan. Hacia 1890 surge la hostelería moderna, con utilidades de las que carecían las fondas. El más importante fue el Hotel Iturbide (223). La clase alta poco a poco se desplaza del eje Zócalo-Alameda hacia el Paseo de la Reforma.

A nivel de la República lo que transformó el mapa del país fue el ferrocarril que dividió a éste entre zonas ferrocarrileras a las que llegó la modernidad y las que se quedaron fuera del centralismo radial de los ferrocarriles mexicanos. Aguas Calientes, Torreón y Ciudad Juárez se beneficiaron y fueron perjudicadas ciudades que hasta ahora habían sido esenciales en el eje económico más importante, el de México-Veracruz, como Puebla y Tlaxcala. También salieron beneficiadas además de México, Guadalajara, Monterrey y San Luis Potosí, lo que las hizo más receptivas a las bondades del liberalismo. Las ciudades con crecimiento negativo fueron Zacatecas, Colima, Guanajuato y Querétaro. En 1877 había 700 kilómetros de vía, que pasan a 6000 kilómetros en 1885, 10000 en 1890, 14000 en 1900 y 20000 en 1910 (248). Gran parte del Pacífico y zonas del sureste quedaron desvinculadas de la vida nacional y mantuvieron sistemas de subsistencia más tradicionales, lo que lógicamente afectó a la arquitectura y al urbanismo. Otra gran deficiencia es que no se aumentaba el número de puertos comerciales que seguían siendo Veracruz y Acapulco. Es decir, el progreso es la comunicación ferroviaria, telegráfica, telefónica e incluso lacustre (251). Con el ferrocarril aparece el turista y las ciudades más turísticas van a ser Toluca, Puebla, Querétaro y Guadalajara. Las estaciones ferroviarias van ser de acero y hierro.

Con el fin y principio de siglo hay un gran debate sobre qué camino debe de seguir la arquitectura mexicana, los arquitectos eclécticos propugnan un nacionalismo contra el clasicismo ahistórico (275). En realidad el triunfo del eclecticismo es más la ausencia de un estilo definido que domine esta etapa. En 1910 se inaugura la Universidad de México que es el intento de renovar la institución y traerla a la ciencia dominante del siglo XX. La arquitectura es artística pero también muy técnica: álgebra superior, mecánica, cálculo, metales e ingeniería de puentes y canales (281). En 1895 había en el Distrito Federal 80 arquitectos y 718 ingenieros. Dominan poco a poco las estructuras metálicas, el cemento armado, hierro, acero, plomo, estaño para las soldaduras y pintura anticorrosiva como el minio u óxido de plomo. Por supuesto la gran masa campesina sigue viviendo en chozas de lodo, palma y ramas de árboles.

Uno de los grandes éxitos del momento fue la invención del aula-casa rural por el ingeniero civil Manuel F. Álvarez (321). Aparece el hospital moderno que primero duda entre la modernidad pabellonaria y la tradición claustral pero termina triunfando la anterior que divide a los enfermos en comunes, infecciosos y no infecciosos. El Hospital General fue de 1905. Hay también un auge en la construcción de manicomios modernos. También aparecen las cárceles panópticas, uno de los paradigmas del estado moderno liberal.

En el terreno urbano y destinados a la vivienda aparecen géneros nuevos como los departamentos, los conjuntos habitacionales y las privadas (casas que se autogestionan los servicios comunes), ante la imposibilidad de la municipalidad de satisfacer las necesidades de todos los ciudadanos. El prototipo de vivienda que vemos en las colonias Juárez, Cuauhtémoc y Roma es el que tiene dos o tres niveles, en predios de 400 a 2500 metros cuadrados sin patios interiores y sin zonas al descubierto dentro de la morada pero rodeadas de patios y jardines creando un volumen de cuatro fachadas visibles (371). Son villas o chalets que copian modelos franceses, suizos e ingleses.

El Palacio de Comunicaciones de 1911 de Silvio Contri es neorrenacentista. Los palacios municipales de Mérida, San Cristóbal (Oaxaca) y Villahermosa son clasicistas. Los de Saltillo, Chihuahua y Hermosillo son eclécticos, el de Nuevo León es neoimperial y neobarrocos son los de Puebla y la Ciudad de México. Hoteles importantes son el San Ángel Inn y el Imperial de 1904 que es el primer rascacielos de la Ciudad de México (418). Aparecen los casinos como el suntuosísimo Casino Español de estilo renacimiento, pero también el inglés, francés, y alemán. El Jockey Club va a ocupar el Palacio de los Azulejos, hoy un popularísimo Sanborns. Aparece el Club Churubusco, los hipódromos de Peralvillo y Condesa, las albercas de Chapultepec y Pane. Se construyen suntuosos teatros, el más importante es el Juárez de Guanajuato, obra de José Noriega, Antonio Rivas Mercado y Antonio Malo. Tiene balaustrada, grupo escultórico, pórtico en vez de frontón, escalinata, cúpula, salones de descanso, tres órdenes de palcos, candelabros y puertas-vidriera. El teatro Renacimiento en la Ciudad de México tenía el patio de butacas inclinado y en diferentes planos para ser isóptico. Había pasillos auxiliares entre las lunetas, salas para fumadores y mingitorios y baños que no molestaran el transcurso de la obra. Fue obra del arquitecto Nicolás Mariscal. La obra cumbre es el Teatro Nacional, el actual Bellas Artes de Adamo Boari. Articula el Zócalo, la Alameda y el Paseo de la Reforma, y se enmarca entre otras joyas del porfirismo como la Mutua, Correos y el Palacio Legislativo. Tiene hall-invernadero, dos bóvedas laterales, además de la central que está sobre el hall lo que le da una amplitud impresionante. Es el primer edificio del art nouveau mexicano. En 1895 se exhibe en México por primera vez el kinestocopio y en 1906 ya hay 30 salas de cine.

Otro desarrollo importante de la época eran las exhibiciones internacionales, en la de Nueva Orleáns (1894) México presentó un conjunto neomorisco pero en la de París (1899) fue neome-

soamericano, tal vez por influencia del monumento a Cuauhtémoc. Los parques burgueses de las ciudades se llenan de quioscos.

Aparecen nuevos templos, que alternan la tradicional cruz latina con la moderna octogonalidad, como San Antonio en Aguas Calientes y San Miguel de Allende, la Sagrada Familia y el Sagrado Corazón de Jesús en la capital. Desaparecen los atrios porque el terreno urbano es caro y escaso. Se hacen todavía catedrales como las de Zamora (Michoacán) y la de la Asunción en Hermosillo. Las dos se acaban en 1908.

Díaz llena el Paseo de la Reforma de monumentos: Colón, Cuauhtémoc, "El Angel" de Antonio Rivas Mercado de 1910 para el centenario de la independencia. El hemicíclo a Benito Juárez se ubica en la Alameda. En 1910 había 428 monumentos a Juárez por toda la República. El porfirismo crea la identidad nacional a partir de los héroes de la nación (482). Esta herencia continúa viva en el México actual.

Surgen los cementerios civiles y panteones, el más importante es el de Dolores con la Rotonda de los Hombres Ilustres, es decir, la nacionalización y laicización de la muerte por parte del estado liberal. Otros géneros nuevos son las fábricas, los bancos y las oficinas. Va a haber fábricas de hilado y tejidos, cervcerías, de papel, calzado, fábrica sidral, de vidrio, curtiduría, peletería, azúcar y un largo etcétera. Muchas van a constar de comunidades habitacionales para los obreros en un modelo que al principio arremeda al de la hacienda.

Aparecen los bancos con su neoclasicismo para justificar en un pasado inexistente e inmemorial el hecho de su novedad, así el de Londres y México es de 1912, otros son el Canadian Bank of Commerce y el Mercantil de Monterrey. Surgen también los edificios de seguros con el mismo estilo que los bancos, acero para la estructura, revestidos de piedra y entrepisos de viguería de acero y bóvedas (506). Importantes son además de la ya mencionada Mutua, Woodrow, Gore, El Centro Mercantil de 1898 y el Ipiño, un edificio mixto de oficinas.

El país ya estaba preparado para la Revolución y los lectores de ahora para que la Universidad Nacional Autónoma de México y el Fondo de Cultura Económica continúen produciendo tomos de esta magnífica enciclopedia.

Salvador A. Oropesa, Kansas State University

Fernández Moreno, Inés. *La profesora de español (novela)*. Buenos Aires: Editorial Alfaguara, 2005. 246 pp. ISBN 987-04-0273-9.

La conocida *boutade* del escritor argentino Jorge Luis Borges, según la cual lo único que separa a España de Argentina es el idioma, parece condensar la materia poética de esta novela. La protagonista, ciudadana argentina contemporánea, padece los efectos de la funesta crisis económica e institucional que asoló a su país a fines de diciembre 2001. Agudizada hasta llegar a la anarquía, *La profesora de español* narra la historia de una mujer madura, casada, con hijos adolescentes que ya no conviven con ella ni su marido, y que decide probar suerte, al igual que muchos de sus compatriotas, en España, en busca del confort y las condiciones laborales que su patria le arrebató.

La experiencia desgarrada de quien debe abandonar su hogar a la fuerza, dejando detrás su historia, sus padres mayores y envejecidos, sus objetos (cuyo escrutinio, descarte y organización suponen terribles operaciones de despojo que lastiman una subjetividad ya de por sí herida) la sitúan en el lugar incómodo e incierto de los que parten y no saben si regresarán. Atada a su